

## *¡Pobre Santa Teresa!*

Soy amigo de Santa Teresa de Jesús desde hace mucho tiempo. La santa de Ávila, de Toledo y de tantas ciudades y caminos de la España del siglo XVI (el siglo de oro español) es una mujer encantadora que ha dejado huella en la historia de la humanidad. He leído sus obras muchas veces, las he leído todas, y recurro con frecuencia a su lectura. Me llevo muy bien con ella. Cada vez que la leo, me siento implicado en un diálogo que engancha. Me hace reír con sus geniales ocurrencias, me hace pensar cuando se toma en serio la reforma de la Iglesia de su tiempo, me invita a la “determinada determinación” de aspirar a la santidad, como única meta del hombre, que ella tardó en tomarse definitivamente en serio, pero cuando afrontó la determinación se sintió libre como nunca lo había sido antes.

Es una mujer de las que han hecho historia, antes de que llegara el movimiento feminista. Su literatura, su buen decir, su gracejo la colocan en los primeros puestos de la literatura castellana. Ha sido declarada “doctora de la Iglesia”, por sus felices explicaciones acerca de la vida espiritual, particularmente por la inteligencia de la humanidad de Cristo en la mediación de nuestro trato con Dios. En fin, es una mujer muy completa. Realmente en ella aparece el genio femenino, que cautiva a lector, sea hombre o mujer. Y mucho más al lector creyente, porque le introduce en los caminos del espíritu, que ella ha recorrido con éxito y enseña magistralmente a los demás.

Pero hay quienes se empeñan en verlo todo bajo el prisma del sexo. Y ahora le toca a Santa Teresa. He visto anunciado el rodaje de una película, que presenta a la santa como “morbosamente sexy”. Sus propuestas encuentran eco inmediatamente en la prensa, son jaleados por diarios de amplia difusión nacional, encuentran una resonancia inusitada. Se trata una vez más de una orquestación mediática, para hacernos comulgar con ruedas de molino.

Lo curioso es que quienes hacen estas propuestas descabelladas suelen acusar a la Iglesia de estar obsesionada con el sexo, de predicar solamente el sexto mandamiento (“No fornicarás”), y resulta que ellos ven sexo por todas partes, ven sexo hasta donde no lo hay. No saben interpretar la belleza de la vida, si no es a través del prisma del sexo. No son capaces de captar la bondad y el bien, si no es proyectando su propio fango sobre personas, realidades y temas que nada tienen que ver con lo que ellos proponen. Permanecen anclados en un freudismo, que hasta el mismo Freud ha superado en sus mejores discípulos.

La experiencia mística no es una experiencia neurótica, ni tiene nada que ver con la represión sexual. La experiencia mística brota sencilla y espontánea en el alma que acoge el don de la fe, y, movida por la gracia de Dios, supera todo egoísmo que proviene del pecado y se centra en Dios, como un objeto pesado tiende al centro de la tierra por la fuerza de la gravedad. La experiencia mística conmueve los cimientos de la naturaleza humana, y estremece el alma y el cuerpo de quien la experimenta. Sólo desde la fe puede atisbarse en qué puede consistir la experiencia mística. Cuando uno no tiene fe, es mejor que no toque estos temas, porque los estropea, y encima piensa que está haciendo una obra de arte.

Creo que Santa Teresa se merece un respeto. El respeto a su intimidad, que otros reclaman para sí. El respeto a la verdad de lo que ella explica en su vida. El respeto a no extorsionar bajo ningún pretexto lo que son sublimes experiencias de Dios y de lo sagrado. Pobre Santa Teresa, o mejor, pobres hombres y mujeres, que no saben ver más que sexo en estas experiencias místicas. Quizá el trato con la Santa (ella tiene maña para ganarse a la gente) les lleve a conocer otras realidades más profundas, que no tienen nada que ver con el sexo.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*